



LA RAZÓN HISTÓRICA. Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas. ISSN 1989-2659

El nacimiento de géneros y especialidades de la Historia Moderna Universal en la Antigua Grecia.

Montserrat Jiménez Sureda.

Doctora Profesora titular de Historia Moderna y Contemporánea. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Universitat Autònoma de Barcelona[\[1\]](#).

Resumen: Este artículo tiene dos objetivos principales. Por un lado, identificar los géneros y especialidades que han tenido un cultivo más abundante entre los historiadores occidentales herederos de nociones culturales y filosóficas griegas. En segundo lugar, vincular algunos de estos géneros y especialidades con quienes pueden considerarse pioneros en su ejercicio. Las notas que contiene son, tanto lecturas en que se ha basado quien el presente escrito suscribe cuanto ulteriores posibilidades de ampliación de un tema concreto.

Palabras clave: Historia moderna universal, Antigua Grecia, protohistoriadores.

Abstract: This article has two main aims. Firstly, it intends to identify the Greek roots of historical genres and specializations that have been the most cultivated among Western historians. Secondly, it treats to find the Greek pioneers of these historical genres and specializations. The notes are further invitations to read about the topic they are referred to.

Key words: Early Modern History, Ancient Greece, protohistorians.

Índice

1. Introducción
2. Géneros y especialidades de la Historia en la Antigua Grecia
 2. 1. La historia universal y la historia local
 2. 2. La etnografía y la antropología
 2. 3. La geografía y la historia ecológica
 2. 4. Las biografías
 2. 5. La historia política y la historia militar
 2. 6. La historia orgánica y la anécdota como subversión
 2. 7. La historia de las mujeres
3. Conclusiones

1. Introducción

En la antigua Grecia hubo cabida para las polémicas historiográficas y para unos alineamientos con solución de continuidad[2]. El romano Cicerón, entre otros, coronó a Herodoto como “padre de la historia”[3]. El honroso título, sin embargo, le fue disputado por no pocos colegas. Desde Plutarco, Dion Crisóstomo o Luciano de Samosata hasta los más actuales (y lectores de los antecedentes) Andrew Robert Burn o David Pipes[4]. Pipes se hace eco de una ofensiva denominación de Plutarco, que tilda a Herodoto de “padre de las mentiras” en su *Moralia*[5]. En tiempos del César Augusto, Dionisio de Halicarnaso listaría a siete predecesores de Herodoto, entre los cuales, Dionisio de Mileto, Carón de Lampsaco, Helánico de Lesbos, Janto de Lidia y Hecateo de Mileto[6]. De hecho, se quiso ver en este último a un modelo de escritura histórica en prosa, inspirador de la tarea herodótica[7].

La fortuna parece haber sido más favorable a Tucídides[8]. Su maestría fue reconocida de manera rápida por muchos de entre quienes le sucedieron en el mester de historiador: Ctesías, Diodoro, Estrabón, Polibio, Plutarco o Luciano de Samosata[9]. Socios romanos de la talla de Cicerón contribuyeron a divulgar una imagen tucídica de rigor y seriedad. En la Edad Media, continuó su aprecio[10]. La pluma renacentista de Lorenzo Valla y las prensas de Aldo Manuccio reeditaron su obra[11]. El servidor de Pedro IV y gran maestro de la orden de San Juan de Jerusalén, Juan Fernández de Heredia, tradujo la obra del ático, no al latín, sino a una lengua nacional (su aragonés natal) [12]. Su influencia fue notoria. ¿Cuánto de la expedición a Sicilia que hicieron los atenienses y que narró Tucídides hay en la *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* que escribió el valenciano Francisco de Moncada y Moncada, tercer marqués de Aytona[13]?

Tal y como Fernández de Heredia emprendió la traducción de Tucídides a una lengua vernácula, Hobbes trasvasó sus experiencias al inglés[14]. Desde entonces, el mundo historiográfico anglosajón, generalmente, ha admirado los análisis del ático. Hitos de la filosofía moderna como David Hume llegaron incluso a afirmar que la primera página del antiguo general ateniense podría considerarse como la inauguración de la verdadera historia[15]. Adalides del positivismo germánico como Leopold von Ranke se expresaron de forma análoga[16].

Heródoto y Tucídides son dos iconos para los historiadores actuales. Sin embargo, existe una pléyade de científicos de la historia que puede considerarse, como los antecedentes, pionera en cuanto, después, se definiría como géneros y especialidades historiográficas. Este artículo tiene dos objetivos principales. Por un lado, identificar los géneros y especialidades que han tenido un cultivo más abundante entre los historiadores occidentales herederos de nociones culturales y filosóficas griegas. En segundo lugar, vincular algunos de estos géneros y especialidades con quienes pueden considerarse pioneros en su ejercicio. Después de todo, para Occidente, la incorporación al método científico de los debates mediante tesis y antítesis es una aportación helena. Incluso la fijación etimológica de tal procedimiento mediante el concepto de “dialéctica” se debe a la antigua Grecia.

2. Géneros y especialidades de la historia en la Grecia Antigua.

2. 1. La historia universal y la historia local

Los historiadores griegos se interesaron por un abanico temático y cronológico tan amplio que casi cualquier tema puede rastrear sus precedentes en la antigua Grecia. Lo mismo sucede con enfoques, disciplinas científicas y metodologías de trabajo[17]. En la antigua Grecia se hallan historias universales como la que Eforo diseñó a lo largo de 29 libros de *Historiai*, con un criterio de geográfico de marco genérico dividido en capítulos. La exhaustividad temporal se conjugaría en esta obra con una amplitud cronológica de más de 7 siglos. Su hijo y también historiador, Demófilo, redondeó hasta 30 el número de volúmenes de una obra, hoy desgraciadamente perdida[18]. De toda manera, es preciso advertir que el epíteto de universal se ajustaba a la realidad del mundo helénico de entonces.

El mismo Eforo antes citado compaginó el cosmopolitismo con las historias estrictamente locales a través del escrito que glosaba el pasado de su patria, la antigua Cyme, actual Nemrut. Superando este y otros ejemplos individuales, se ha supuesto que, hacia el siglo V antes de Cristo, nació una especie de representación historiográfica llamada, después, atidografía[19]. Este género sería el precedente

de las historias regionales y locales a la vez. Regionales, ya que se centraba en la historia del Ática, en general. Locales, porque el énfasis se ponía particularmente en una de sus *polis*: Atenas. Helánico de Lesbos habría sido el pionero en titular *Atthis* un estudio de la zona desde el siglo VII hasta el V antes de Cristo[20]. Coherente con el propósito de hacer historia local, la ordenación helánica de lo narrado se estructuraba según un criterio geográfico[21].

2. 2. La etnografía y la antropología

Los griegos incorporaron la etnografía y la antropología a la historia. En el primer caso, incluyeron en sus análisis lenguas, costumbres, sistemas políticos y económicos: cultura. Es decir, la cultura espiritual y la cultura material de colectivos cohesionados, sin extraer individualidades de ellos. De forma coral. No en vano, la palabra griega “ethnos” significa “gente” y la etnografía buscaba la naturaleza y la esencia de los analizados, actuando como si el momento sincrónico en que tales datos fueron capturados fuese un momento eterno.

Este tipo de estudios se basaba en la evidencia empírica, dada por los sentidos de quien investigaba. Requería, por tanto, de una intervención participativa que integrase elementos, sobre todo, visuales y orales. Herodoto fue el primero en definir la identidad griega en asertar un origen común (una misma sangre), una misma lengua, una misma religión y unas costumbres análogas[22]. En un sentido no tan divergente, la antropología, como estudio de la humanidad, del hombre en su sentido más genérico y universal, comparte con la etnología el interés en comportamientos colectivos y en relaciones sociales. Como la primera, se concreta en un grupo.

Tanto la antropología como la etnografía o descripción de pueblos o comunidades de seres humanos con una procedencia común fueron aplicadas por los griegos *avant la lettre* sus relatos históricos. Ambas ciencias pueden buscar sus precedentes prácticos en la narrativa herodótica. Esta narrativa, a su vez, fue el precedente en que basar historias similares. La historiografía clásica, por ejemplo, es el pilar de los relatos de los *conquistadores*. A este respecto, sería interesante establecer una analogía sistemática entre la historiografía griega y los rastros de la misma en las crónicas hispánicas de la era de los descubrimientos. ¿Conocían a Homero tantos hidalgos como fueron al Nuevo Mundo? ¡Cuánta odisea se lee en los *Nafragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca![23]

La integración explicativa de factores como la geografía, la política, el estado militar, los elementos jurídicos, la continuidad de los hechos, los intercambios culturales o la lógica interna de los procesos ya estaban presentes, a modo de filosofía de la propia disciplina histórica, en autores como Polibio[24]. Esta corriente de historiadores griegos que sumaron elementos parciales, desde

múltiples perspectivas, para llegar a una explicación del mundo que aspiraba a ser global y completa creó una tendencia que, siglos después, se concretaría como historia total.

2.3. La geografía y la historia ecológica.

En la historia griega, una disciplina afín devendría axial: la geografía[25]. En las civilizaciones costeras, no es difícil hallar representantes de la misma. Cada marinero puede ser un geógrafo del planeta agua. Por lo mismo, cada campesino, cada comerciante, cada soldado (y, en general, las personas que necesitan optimizar su supervivencia mediante un conocimiento profundo del medio) pueden ser geógrafos del planeta tierra. Si estas personas han dominado el arte de transmitir sus vivencias a la posteridad y si la suerte ha acompañado a este legado, su testimonio ha perdurado y ha contribuido a la riqueza espiritual de Occidente.

La antigua Grecia dio al mundo dos maneras esenciales de hacer ciencia encarnadas en dos arquetipos de filósofos: uno, con los límites en las cuatro paredes y un techo; el otro, con confines no materiales. El primero se alimentaba de palabras, básicamente escritas por sus precedentes. El segundo confiaba en la evidencia de sus sentidos antes de pasar a ésta por el tamiz del intelecto. En medio, existía una serie de tipos híbridos en cuanto a metodología. Los dos polos opuestos y su gama intermedia de matices coexistían, potencialmente fecundos por igual en productividad y aciertos. En el campo de la historia, sucedía tres cuartas partes de lo mismo. A pesar de que historiadores que se han convertido en referenciales como Polibio encareciesen la importancia de las fuentes primarias y de la ecuanimidad del analista y aseverasen que lo ideal era que la historia la escribiesen hombres pragmáticos, que supiesen (empíricamente) de qué hablaban y no eruditos que no tenían más vida que la que les prestaban los manuscritos que iban leyendo. Existieron historiadores de biblioteca e historiadores de campo. Y un abanico amplio de representantes de esta ciencia que usaron tecnologías mixtas.

Algunos de estos representantes consiguieron vertebrar lo que hoy llamaríamos una amalgama interdisciplinar de conocimientos para llegar a una aprehensión total de la realidad[26]. El llamado “otro Jenofonte”, Arriano de Nicomedia, por ejemplo, compuso una *Indica*, vertiendo en forma escrita cuanto halló Nearco entre la India y Babilonia[27]. Tal descripción incluía elementos geográficos, históricos, antropológicos, lingüísticos, culturales o artísticos.

Eratóstenes, a quien se ha otorgado la paternidad del concepto de geografía, entendida ésta como descripción de la tierra porque fue el primero (referenciado) en usar esta palabra, fue un “geógrafo de despacho”. Antes, durante y después de él, hubo en Grecia muchos geógrafos *de facto* que eran marineros, comerciantes o militares. Algunos de estos dejaron a sus contemporáneos y a la posteridad

herramientas para transitar más fácilmente por el mundo: topografías, cartas náuticas e, incluso, mapas celestiales. Estos últimos fueron de suma utilidad para orientarse, tanto en *terra incognita* como en *mare incognito*, puesto que, con independencia de su origen, los hombres comparten el mismo techo de estrellas.

Hacer inteligible y comunicar información espacial, representando bidimensionalmente una realidad múltiple, no fue privativo de la antigua Grecia. Cuando empiezan a tener habilidad mental y manual, los niños se dibujan y, con ellos, dibujan al mundo que les rodea. Un mundo que crece a medida que ellos van creciendo también. Primero, sus padres y su casa. Luego, la escuela, sus maestros y compañeros. Saber donde se está y adaptarse al mundo garantiza unas mejores condiciones de vida. Incluso las más primitivas sociedades humanas se representaron así. Gracias a la arqueología, sabemos que existieron vías de comunicación prehistóricas que cubrían distancias transcontinentales. No es descabellado suponer que algún antepasado remoto tuviese la inquietud de representarlas en soporte permanente o efímero.

Diversas civilizaciones tuvieron el suficiente nivel de abstracción conceptual como para trasladar representaciones mentales a una iconografía, traducible, también, en palabras. Egipcios y babilónicos expresaron el conocimiento del medio que les envolvía a través de mapas que tenían un sentido primordialmente utilitario[28].

Los mapas son representaciones conscientes del espacio e inconscientes del tiempo, puesto que cada mapa dibuja implícitamente, también, el contexto en que es creado. Estas representaciones contribuyen y reflejan la formación de identidades a través de la comprensión del mundo en que estas mismas identidades se insieren. En este sentido, Occidente es un hijo –no único- de Grecia.

Antes de que muchos sucesores, como Napoleón Bonaparte, sistematizase tal actuación durante sus campañas, Alejandro Magno llevó a ellas consigo a una cohorte de científicos: matemáticos, botánicos, zoólogos y geógrafos, entre otros.[29] Se trataba de entender a la perfección aquello que se conquistaba. Alejandro pretendió globalizar el propio concepto de conquista, extendiéndolo a la esfera inmaterial. Con la ayuda del saber, modelaría la identidad de sus nuevos súbditos. El Magno no fue el único que tuvo la intención de construir un imperio y que quiso ligar su nombre a la grandeza vía la máxima expansión. Darío I de Persia impulsó la geografía enviando a Escílax de Carianda a pincelar el curso del Indo[30].

Los viajes de exploración con la finalidad última de acrecer un poder soberano son antiguos y recurrentes. Arriano de Nicomedia escribió un *Periplus Ponti Euxini* incluyendo en él apartados históricos para ilustrar las ambiciones del emperador Adriano. Sin embargo, estas expediciones han generado, también, información susceptible de ser transformada en conocimiento y en ciencia[31]. No es casual que historiadores como Polibio tuviesen una concepción universalista muy

vinculada al concepto de imperio. En el caso polibiano, al imperio que había construido la Roma que tanto le influyó[32].

La etimología y la topografía se conjugaron con los avances en el saber geográfico. La etimología espacial puede reconocer fácilmente un común denominador en la palabra *Mesogeios*, traducida al latín como *Mediterraneus*(con el mismo significado de en medio de la tierra), con que los helenos bautizaron al mar que reposaba entre lo que hoy se llama África, Asia y Europa. El Mediterráneo, el epicentro de la ecumene, el ombligo del mundo. El nombre es elocuentísimo. En este sentido, para una parte de la historiografía griega, cabría hablar de un intento de superar las fronteras de espacios concretos en pro de la incardinación en un espacio que la historia ecológica del siglo XXI consideraría como un ecosistema propio marcado por la naturaleza y no por uno de sus hijos (el hombre). Herodoto, por ejemplo, si bien tiene un punto de vista netamente vinculado a su patria (en el sentido latino de lugar de origen); en cambio, propone el Mediterráneo como eje, como marco de sus historias[33].

2. 4. Las biografías

En la antigua Grecia se perfiló tanto un género histórico como el nombre que sirvió para definirlo. En el siglo III antes de Cristo, Hermipo de Esmirna bautizó como *Bioi(Vidas)* a un conjunto de biografías, elaboradas con un criterio tan amplio como el de considerar la inclusión de cualquier vida digna de ser reseñada, incluso aquellas vidas de los menos favorecidos, los esclavos (en su caso, Hermipo incluyó aquellos esclavos sobresalientes en el cultivo de las letras)[34].

La biografía nació también a través de los elogios oratorios a la vida y obra de los fundadores de las numerosas escuelas filosóficas helenas. Estos elogios incluyeron panegíricos y se expandieron a cualquier personaje que fuese capaz de atraer la atención de la gente. Tales biografías podían ser individuales o colectivas. Ambas no sólo incluían los hechos e hitos dignos de ser reseñados, en tanto garantes del prestigio social de su protagonista (éxitos académicos, políticos o militares), sino que también apuntaban a la conducta y a los rasgos psicológicos de éste, e, incluso, a la percepción que se tenía de todo ello por parte de segmentos numerosos de personas que conocían de una manera u otra al hombre y a su circunstancia[35]. Incluso las biografías de un solo individuo eran duales, puesto que, a través de las valoraciones usadas, se podía percibir la individualidad del biógrafo, junto a la del biografiado. Podía suceder, describiendo a un escritor célebre, que el biógrafo del mismo diese, involuntariamente, pie a las analogías. Esto sucede, por ejemplo, con el análisis que, de Parménides, hace Platón[36].

2. 5. La historia política y la historia militar.

A pesar de la multiplicidad de perspectivas antes aludidas, un enfoque devino estelar en la historiografía de la Grecia antigua. La paz era una situación que propiciaba relatos más cotidianos, historias de la vida privada. La guerra, sin embargo, era un imán para la atención de los receptores de historias. Ella permitía, en mayor medida que otros temas, una inclusión de hechos excepcionales en la narración histórica, lo cual conectaba con la percepción de los historiadores de lo que podía atraer la atención de lectores u oidores[37].

Numerosos historiadores griegos se dieron cuenta de la importancia que tenía la condensación del *kratosen* unas pocas individualidades[38]. El mismo Polibio, entre ellos. Este arcádico de vida poco idílica, hijo de un comandante de caballería de la Liga Aquea, se propuso, a lo largo de los 40 libros parcialmente perdidos de sus *Historiae*, explicar al universo helénico como la antigua Roma se convirtió en lo que hoy consideraríamos una primera potencia mundial[39]. Con una intención parecida, Polibio dio una importancia y un protagonismo paralelos a las masas y a los individuos, a los pueblos y a los gobernantes.

La suma de las voluntades del *demostenía* una fuerza ingente. Un poder capaz de torcer otros elementos que podían incidir en la historia con menor intensidad. En su sentido lato, el poder como expresión de una colectividad era capaz de cambiar las relaciones de todo tipo: militares, culturales, comerciales. Cualquiera que fuese el cariz que tales relaciones hubiese tenido. No resulta extraño que los analistas griegos que observaron detenidamente este hecho, le diesen prioridad en sus narraciones. Los antiguos historiadores griegos fueron pioneros en considerar la historia política como un tema estelar. Un tema que ha marcado, al menos cuantitativamente, la producción historiográfica del mundo occidental[40].

Mitológicamente, *Kratoses* la personificación del poder. Para el vulgo, una de las vertientes más comprensibles de la aplicación del poder es la aplicación primaria del mismo a través de la fuerza bruta. Así que Kratos era también el dios de la guerra. No es, pues, inconsecuente que, en la historia política de la Grecia antigua, la guerra fuese el tema estelar que marcaba la época en que esa misma guerra se producía, por la intensidad física y emocional de las vivencias que experimentaban y que creaban sus mismos protagonistas presenciales[41].

En una parte de este sector historiográfico, se patentiza un realismo vinculado a la psicología más primaria de los seres humanos. Se hace énfasis en las relaciones marcadas por la desigualdad y por el dominio, no por cualquier consideración de tipo moral. Esto se da con más fuerza, si cabe, en circunstancias excepcionales, en que la esencia más instintiva del hombre se impone a cualquier otro factor que este mismo hombre pueda haber creado con la misión de protegerse de sí, como el derecho o las convicciones religiosas[42]. Un ejemplo de cuanto expongo se halla

en el diálogo mélico de Tucídides y, en general, en toda la *Historia de la guerra del Peloponeso*.

Este tipo de historia política y militar es una historia masculina. Una historia que tiene a los hombres como sujeto y a las mujeres (si aparecen) como complemento, directo, indirecto o circunstancial. En este protagonismo masculino tan activo, se encuentra una división en importancia de los actores acorde a la jerarquía social o vital de la época[43]. A su lado, se lee o se intuye una presencia pasiva de categorías asumidas como inferiores. Dentro de estas últimas, se incluyen los hijos pequeños de las clases dirigentes[44]. La cosificación de los más débiles es inmensa en el caso de los niños, siempre las mayores víctimas de cualquier tipo de conflicto, doméstico o estatal. Por otro lado, hay una permanente justificación implícita de que estos estratos secundarios o de menor rango sean los involuntarios receptores de la omnipotente voluntad de los hombres.

A la hora de analizar lo que supusieron las guerras, se puede contraponer un cierto optimismo, épico y candoroso a la vez, de historiadores o protohistoriadores “civiles” griegos, como Homero, mientras que militares de oficio como Tucídides adoptan una perspectiva pesimista[45]. Ambos, sin embargo, idealizaron valores marciales, esenciales para la supervivencia de los imperios. Es representativa la asociación del máximo nivel de fama al alcance de un mortal en arquetípicas figuras legendarias (con base real en ciertos casos) como Aquiles o Alejandro Magno. Los dos ambiciosos, guerreros, mitificados por su comportamiento en el campo de batalla, de vida intensa, de muerte prematura. Ambos solidificaron en el imaginario colectivo un icono que vinculaba juventud, belleza, osadía y muerte[46]. ¿Qué hubiese sido de ellos –soldados como eran y no filósofos- viejos, incontinentes y decrepitos? Puesto que las parcas eran implacables, ¿no era más glorioso morir como Aquiles? ¿Qué sentían los adolescentes griegos cuando escuchaban, con el tono adecuado, estas historias? ¿Qué sintieron los muchachos de la Roma imperial? ¿Y sus sucesores? Las sociedades mediterráneas no olvidaban a sus difuntos[47]. Sin embargo, los que se iban para siempre sumaban efectivos a una sociedad más numerosa que la de los vivos. Así que no podían ser recordados de manera nominalizada. Todos, no. Ahora bien, algunos muertos vivían para siempre. El deseo de eternidad es inherente a la especie humana. ¿Por qué no arriesgarse y optar a él? *La honra vive en los muertos*(1643) y *Osar morir da la vida*(1658) escribiría el español Juan de Zabaleta, cronista del rey Felipe IV y autor también de una *Historia del emperador Cómodo*, en el siglo XVII[48]. Los Austrias seguían necesitando transmitir a sus soldados potenciales (y a la sociedad entera si querían que fuesen aceptados plenamente) viejos valores morales ya presentes en la antigua Grecia.

El prestigio de la gloria y la fama se percibieron como el mejor sucedáneo de la inmortalidad. La gloria y el renombre y la fama o la máxima difusión de la gloria fueron también potentes móviles de la escritura, al lado de otras razones mucho más prosaicas. En la Grecia precristiana de antes de la resurrección, la única forma

de perdurar era instalarse en la memoria colectiva a la manera en que lo hacían los dioses: a través de hechos extraordinarios, que captasen la atención del vulgo con tanta intensidad que convirtiesen a su autor en un icono susceptible de perpetuarse a través de sus gestas, generación tras generación. Quizás sólo el mensaje –o una forma simplificada del mismo- permanecería en la mente de los iletrados. Ahora bien, también el narrador de tales gestas viviría en los entendimientos más sofisticados. Algunos de estos últimos, incluso tratarían de seguir su estela. Aquiles, Ulises, Menelao, Agamenón, Héctor, Helena o Andrómaca fueron muy conocidos. Mito o realidad, cuanto Homero simboliza, también. El autor hizo tan inmortales a sus personajes como ellos lo hicieron a él.

El mundo helénico supo llegar al fondo de las cuestiones con la única ayuda de la razón. Ciertos intelectuales se han sentido herederos de esta tendencia y la han justificado considerando poco menos que como muletas para inválidos los argumentos religiosos o sentimentales. Tucídides es, para ellos, un ejemplo adorado. En el mundo tucidídico, marcado por las relaciones de fuerza, no caben –o tienen poco espacio- dioses y afectos. Ni mujeres, ni hijos. Si aparecen, suele ser para sufrir (enormemente) a manos de la poderosa y deificada fuerza de los –hombres- ganadores. Herodoto fue un historiador mucho más concomitante con los principios del cristianismo. Si describe casos tan atroces como los de Tucídides, al menos, se puede hallar en su pensamiento el eco de la censura moral de los dioses y lo que se convertirá en el embrión del concepto de “tribunal de la historia”. En este punto, el cristianismo sostuvo la visión herodótica de que la historia era una fuente de lecciones morales para los descendientes de quienes la habían protagonizado[49]. Los historiadores asumían así –quizás de manera inconsciente- la función de jueces en un espacio-tiempo caracterizado por la ausencia de límites y por el sentido de la posteridad, categorizada como inmortalidad conceptual.

Cabe añadir que cuestiones como la anteriormente citada acabaron generando tópicos filosóficos de tanta trascendencia posterior en pensamiento político como los de “virtud” y “fortuna”[50], destino y responsabilidad humana[51], o límites del conocimiento[52]. Cuestiones que, como otras, tienen cabida en la obra polibiana[53].

2. 6. La historia orgánica y la anécdota como subversión

Los gobernantes de los antiguos imperios tuvieron una idea muy precisa del valor propagandístico que podía darse a sus personas como símbolo. Alejandro Magno se llevó a las campañas asiáticas a un descendiente no directo de Aristòteles: Calístenes de Olinto. Alejandro esperaba que Calístenes fuese un historiador orgánico y que diese a cuanto veía el pertinente tono épico. Sin embargo, Calístenes terminó por no conformarse, ni con seguir las directrices que se le

daban, ni con adecuar su identidad a la que convenía a su patrón que tuviese[54]. Tal independencia sería letal para él. La arriesgada elegía *Callisthenes* fue escrita por su amigo Teofrasto. Las reflexiones calisténicas se conocen, hoy, mayormente por vías indirectas, básicamente polibianas.

Las intenciones automitificadoras que perseguía Alejandro Magno se cumplieron en épocas posteriores[55]. Los 10 libros de la *Historia Alexandri Magni* de Quinto Curcio Rufo (s. I d. C.) fueron la plantilla genérica sobre la cual se glorificó durante la época medieval al líder macedonio. Ayudó a ello el estilo divulgativo – periodístico *avant la lettre*– de Rufo (constatable en los extractos que se han conservado en piezas de ocho de sus 10 libros). A partir del siglo IV d. C. comenzaron a circular unos romances de Alejandro. En el siglo XII, Gualterio de Châtillon contribuyó al mito con un *Alexandreis sive gesta Alexandri Magni* traducido y adaptado a un buen número de lenguas autóctonas[56]. Entre las cuáles, la castellana a través del *Libro de Alexandre*, integrado en el mester de clerecía entre los siglos XII y XIII[57]. El ciclo alejándrico creció, al menos, hasta el siglo XVI. Alejandro se convirtió en un icono tan atemporal como el concepto de Grecia. Desde luego, ambos continuaron siendo una inspiración[58].

En una historia tan antigua como la griega también tuvo cabida la idea de conflicto entre identidades que se desprendía del enfrentamiento –o choque– entre civilizaciones[59]. De manera consciente y fría, el preceptor de Alejandro Magno, el respetado Aristóteles, aconsejó a su pupilo que fuese, a un tiempo, padre, amigo y líder para los griegos, y déspota para los bárbaros. Estos últimos habían de ser cosificados (considerados como animales o plantas, en palabras del filósofo, es decir, privados de entendimiento en parámetros de la época) para facilitar a sus verdugos la conducta conveniente a los intereses políticos del macedonio. Uno no puede dejar de estremecerse cuando piensa en la educación clásica en que se formaron los dirigentes de otro lejano imperio. En este caso, el imperio del mal, el Tercer Reich, con toda su parafernalia ideológica basada, en parte, en textos de los padres de la civilización occidental como el que antecede. *A posteriori* tal concepto se democratizaría (llegaría *aldemos*) a través de formas de entretenimiento de masas, siempre más eficaces que cualquier disquisición filosófica, precisamente por su mayor simplicidad[60].

En el mundo griego cupo la subjetividad, en forma de providencialismo mitológico o de prejuicio patriótico, hasta llegar a la manipulación, consciente o no, de la memoria histórica. Ambos rasgos se hallan en Herodoto, reconocido como uno de los primeros padres por todos los historiadores. Sin embargo, cabe citar otros ejemplos mucho más destacados de oportunismo político en forma adulatoria. Quizás el ejemplo más logrado sea la *Historia* del reinado de Agatocles que compuso Calías de Siracusa entre los siglos IV i III a. C.[61].

A pesar de lo escrito, era –y sigue siendo– evidente la dificultad de conseguir el universal aplauso. Los antiguos historiadores griegos eran incorrectos –con

frecuencia, a su pesar- para la identidad de algunos de sus lectores u oyentes potenciales y, también, podían serlo para el poder público o privado que se diese por aludido o que se sintiese molesto por el contenido de sus discursos[62]. Luciano de Samósata motejó de mentiroso a Herodoto en sus *Verae historiae*; Plutarco lo calificó de malicioso y Dión Crisóstomo se molestó por el rol poco lucido que Herodoto asignaba a su patria (de Dión), Corinto, en sus narraciones[63]. Ya que en la identidad de una persona tiene cabida no sólo el espacio, sino también el tiempo, es lógico que la historia sea una potente constructora –o deconstruidora o destructora- de identidades. Es meritorio también que, en tal proceso, haya víctimas que no se resignen a lo que perciben como triste papel y reaccionen en consecuencia.

En el pasado ya hubo quien reflexionó amargamente sobre la objetividad del oficio de historiador. Así lo hizo Luciano de Samósata en *Cómo se ha de escribir la historia*, un texto que inspiraría, siglos más tarde, pensamientos análogos a Fenelón, Mably o Fontenelle[64]. En cuanto a los que no explicitaron ningún escepticismo, nos queda una duda: aquéllos que escribieron narraciones históricas, calificadas, después, de tendenciosas, ¿eran conscientes de su tendenciosidad? ¿o bien creían a pies juntillas en cuánto escribían? Quizás no deberíamos pensar siempre que el cálculo y el oportunismo (o el simple instinto de supervivencia en un nivel más sofisticado que el de la mera satisfacción de las necesidades más primarias) sean los mejores amigos de una cierta categoría de intelectuales (griegos). Es posible que las evidencias que tales intelectuales usaban en sus obras o que su propia trayectoria vital los hubiese encaminado a una fe absoluta en cuanto consignaban por escrito.

En la antigua Grecia se encuentra la autocensura como mecanismo más eficaz para conservar el favor de quienes mandaban[65]. En este sentido, hay transmisiones de mensajes históricos adecuadas no sólo a los potenciales receptores, sino a los intereses particulares del emisor mismo. Un de los casos más notables de la aplicación de este ajuste ocurrió durante el imperio de Justiniano, en el siglo VI d. C.[66].

Uno de los consejeros del César que tenía la máxima confianza de éste fue Procopio de Cesárea, autor de, entre otros textos, *Polemonio De bellis*, *Peri Ktismatono De aedificiis* l'*Anekdotia*, *Historia arcania* *Historia secreta*[67]. Si los dos primeros textos ayudaron a construir una imagen de Justiniano que honraba a su nombre de pila, puesto que presentaba al emperador actuando a mayor gloria de Dios y por el bien común; el último escrito del amigo íntimo del César hubiese empañado irreversiblemente aquel reflejo inmaculado[68]. La *Anécdota* era un texto maniqueo, exagerado y obsceno. Un desahogo de su autor. Por lo mismo, Procopio tuvo la cautela de no publicarlo[69]. *De bellis* conoció hacia el 552. *De aedificiis*, hacia el 561. La *Historia secreta*, después de 1623[70]. Hacía 1000 años que habían muerto todos: sus protagonistas y su autor. A pesar de ello, aquella historia secreta hirió numerosas sensibilidades.

Desde entonces, la palabra griega *anekdotaque*, traducida como inédita, servía para designar a un trabajo no publicado, pasó a adquirir el sentido de historieta dentro de la historia. De pequeña historia amena, capaz de dibujar, en pocas palabras, una época, una persona, una cultura, un sentimiento. En un cierto sentido, las anécdotas que los griegos inserían en sus historias o elevadas ellas mismas a la categoría de historia (como lo hizo Procopio y, siguiendo esta idea, el romano Suetonio con las vidas de los césares[71]) podrían considerarse uno de los precedentes de la novela histórica[72].

Es cierto que se observa en algún texto puntual de la Grecia antigua el intento de depuración anecdótica. Ahora bien, casi todos los historiadores griegos, en algún momento de su producción, intercalaron anécdotas en sus discursos. Estas anécdotas solían tener un propósito moral concomitante con el sentido utilitario de la historia en que se inserían. Como las *Fábulas* de Esopo, las biografías que tantas anécdotas solían contener eran aleccionadoras para los lectores. En mayor grado que los relatos ficticios, ya que las avalaba una supuesta historicidad. En los libros de historia de la Grecia antigua, las anécdotas funcionaron como un epigrama realista, como una parábola histórica, como un átomo de cuanto sucedió. Cuando atañían a un individuo, podían funcionar como una célula madre, como una fórmula.

Las anécdotas no solían tener el aval de los documentos. Su credibilidad dependía, mayormente, de la reputación de quien las acuñaba. Ahora bien, el ingenio de un acuñador podía ser de tal calibre que elevase la anécdota a la categoría. Además, este tipo de formato solía contar con la empatía de los receptores del mismo. La sonrisa de satisfacción de estos últimos era la garantía del éxito.

Los psicólogos de la contemporaneidad han afirmado que las personas tienen más facilidad para recordar las excepciones más espectaculares que la norma más rutinaria. Si se pide a alguien que mencione un solo hecho acaecido durante su infancia, es muy posible que el hecho seleccionado no sea el cepillarse los dientes de cada noche, sino un hecho percibido como diferente a los que construían la cotidianidad. Frecuentemente, se escoge el hecho más rompedor de la misma.

Tiene una lógica implacable que una cultura tan oral como la griega, que nos ha legado el concepto de *psiqué* como definición del alma, estuviese atenta a los gustos de los receptores de historias. Las anécdotas, además, eran un potente recurso mnemotécnico. Es más placentero –y, por tanto, más fácil– recordar una pequeña historia que ha agitado nuestras emociones que no la fecha de defunción de un antepasado de fuste. Aunque tal prócer sea el mismísimo Pericles.

Para los parámetros intelectuales del 2011, sin embargo, es difícil incluir la evidencia anecdótica en la definición de ciencia[73]. Ahora bien, ¿cómo podría elaborarse, desde una base rigurosamente empírica, la psicología cognitiva, si no se diese importancia a las percepciones, sensaciones y exabruptos pronunciados

desde el más amplio abanico social? Una categoría social que se complace en presentarse como gestora imparcial de la economía y la política mundial y que se encuadra laboralmente en las agencias de evaluación de riesgos usa también tales ingredientes para sus recetas, dando a buena parte de la ciudadanía europea la sensación de ser los interesados timoneles que llevan a ciertas naves al naufragio para cobrar la prima de riesgo.

Si los mecanismos cognitivos le funcionan correctamente, un adulto ha aprendido a adaptarse a cuanto su entorno espera de él y responde en consecuencia a los estímulos que se le van presentando. ¿Qué sucede si el único testigo es un niño? ¿No tienen derecho los niños a un lugar en la historia? La infancia es una categoría transitoria. ¿Las demás no lo son? ¿No es la vida un simple transitar, con mayor o menor fortuna? Los griegos respondieron a cómo se incluye la psicología de las emociones en la disciplina histórica. Lo hicieron a través de las respuestas idiosincráticas, arquetípicas y representativas que conocemos, hoy, como anécdotas. *Se non é vero, é ben trovato*, las categorizaría, más tarde, con inefable sabiduría, su heredera, la cultura latina.

2. 7. La historia de las mujeres

A pesar de que la mayor parte de los actores de la historiografía griega antigua son hombres, la cultura griega gestó tanto la historia de la mujer como la imagen de la mujer independiente[74]. La diosa Atenea es la personificación de la *polis* por excelencia: Atenas. Para redondear la metáfora, cabría recordar que Aristóteles concibió a las ciudades como cuerpos, en su sentido orgánico. ¿De qué más es símbolo Atenea? Del maridaje entre fuerza y cultura. La diosa es independiente, culta y fuerte. ¿Hasta qué punto se puede aplicar, en este matrimonio terminológico, la causalidad circular? Atenea no era la única habitante del Olimpo con tales características. Artemisa ocupaba también una posición preeminente, sin hombres a los cuales subordinar las historias que protagonizaba[75].

Para casos como los anteriores, no es preciso remitirse a los dioses. Ifigenia significa, en dialecto ático, “la fuerte”. Su amante madre, Clitemnestra, la “famosa”, no era un modelo de docilidad conyugal. Medea no era tampoco ninguna esposa sumisa. Helena de Troya y la fidelidad (al marido) son antagónicos. Electra no se parece en nada al estereotipo de hija obediente. Como si las mujeres fatales hubiesen nacido en el universo helénico.

Cabría objetar que Grecia tuvo arquetipos para todo. También es griega Andrómaca, la esposa y madre como es debido. No en vano la personificación griega de la fama, entendida como reputación, tenía dos caras (figuradas). La buena y la mala. Cultivadas con tesón, ambas eran susceptibles de perdurar. Como los racimos tras la fermentación, producían una similar embriaguez.

En la antigua historiografía griega, se encuentran variaciones a la hora de insertar a las mujeres en los relatos [76]. Si éstas llegan a aparecer, un enfoque mayoritario es el de colocarlas en una situación absolutamente subalterna. Sin embargo, existen escritos donde ellas figuran como protagonistas. Éste es el caso del *Catálogo de las mujeres*, atribuido a Hesíodo, también conocido por *Ehoiaio Gynaikón katalogos*: una genealogía mítica sobre los orígenes de las diferentes naciones griegas compuesta a modo de poema épico que se articulaba en base al tema de la maternidad [77]. Los estudiosos han fechado el *Catálogo* entre los siglos VIII i VI antes de Cristo. A pesar de la lejanía, la nominalización presenta más de una analogía con la estructura formal de ciertos pasajes de la *Biblia*.

El *Gynaikón katalogos* inauguraría un género histórico-literario que haría fortuna: el listado de mujeres célebres, acompañado de reivindicaciones –implícitas o explícitas– basadas en las capacidades del sexo débil [78]. Durante la Edad Media europea se dieron corrientes antagónicas, de calado, más que literario, filosófico, siendo dos de éstas la misoginia y la exaltación [79]. Menos ignorado, pero no menos interesante, una tercera vía (de las muchas que llegó a haber) focalizaba en lo que las mujeres escribían acerca de ellas mismas, lejos de los habituales tonos deprecatorio o reivindicativo [80].

Hay otras constancias de historias de la Grecia clásica con protagonistas femeninas. A veces, no pasan de la mención. Eratóstenes, por ejemplo, habría escrito una obra (perdida) sobre *Arsinoe*, la reina de Egipto, casada con Ptolomeo IV [81]. En los próximos años, sin duda, la investigación centrada en las mujeres como sujeto histórico provocará un aumento de su presencia, como autora y como protagonista de la historia y de la historiografía, también en la Grecia antigua.

3. Conclusiones

Ha sido tradicional atribuir un origen helénico a las ciencias, a las artes y, en general, a la cultura de Occidente. Cada rama del saber puede localizar su partida de nacimiento, como tal, en la Antigua Grecia. En la cuna y creadora del concepto de la filosofía, este conocimiento no estaba parcelado como lo estuvo tantos siglos después. La historia como disciplina se confunde, entre otras, con la épica o con la retórica. Sin embargo, cada época reescribe la historia y, a la luz de este presente, es posible rastrear en aquel pasado el inicio práctico de lo que, en 2012, son las diferentes especialidades teóricas vinculadas a la historia como, por ejemplo, la historia universal y la historia local, la etnografía y la antropología, la geografía y la historia ecológica, las biografías, la historia política y la historia militar, la historia orgánica y la anécdota como subversión o la historia de las mujeres.

[1] Facultad de Filosofía y Letras.

Edificio B.

08183 Bellaterra (Barcelona).

Tel.: 93-581.11.38

Correo-e: montserrat.jimenez@uab.es

[2] Marincola, J. (ed.): *A companion to Greek and Roman historiography*, Blackwell, Oxford, 2007.

Luraghi, N. (ed.): *The historian's craft in the age of Herodotus*, O.U.P., Oxford, 2007.

[3] Dewald, C.; Marincola, J. (eds.): *The Cambridge companion to Herodotus*, C.U.P., Cambridge, 2006. Myres, J. L.: *Herodotus, father of history*, Clarendon, Oxford, 1999. Romm, J.: *Herodotus*, Y.U.P., New Haven, 1999.

[4] Burn, A. R.: *Herodotus. The Histories*, Penguin, Londres, 1972, p. 10. Pipes, D.: "Herodotus: father of history, father of lies", <http://www.loyno.edu/history/journal/1998-9/Pipes.htm>.

[5] Bowen, A. (trad.), Plutarco: *De malignitate Herodoti*, Aris y Phillips, Warminster, 1992 (entre 46 a. C. y 120 d. C.).

[6] Bury, J. B.: *The ancient Greek historians*, Macmillan, Londres, 1909.

[7] Lateiner, D.: *The historical method of Herodotus*, U.T.P., Toronto, 1989. Fehling, D.: *Herodotus and his "sources". Citation, invention and narrative art*, Cairns, Leeds, 1989.

[8] Rengakos, A.; Tsakmakis, A. (eds.): *Brill's companion to Thucydides*, Brill, Leiden, 2006.

[9] Greenwood, E.: *Thucydides and the shaping history*, Duckworth, Londres, 2006.

[10] Kleinlogel, A.: *Geschichte des Thukydidestextes im Mittelalter*, Gruyter, Berlín, 1965. Bartoletti, V.: *Per la storia del testo di Tucidide*, Sansoni, Florencia, 1937.

[11] Chambers, M. (ed.): *Valla's translation of Thucydides in Vat. Lat. 1801 with the reproduction of the codex*, B.A.V., Ciudad del Vaticano, 2008 (s. XV).

[12] López Molina, L.: "Tucídides romanceado en el siglo XIV", *Anejos del Boletín de la R.A.E.*, 5 (1960). Este coetáneo del papa Luna, gobernador que fue de la actualmente francesa Aviñón, fue también el mecenas de unas *Vidas semblantes*, traducción aragonesa de las *Vidas paralelas* de Plutarco, que sería la base de la translación italiana de Coluccio Salutati. Álvarez, A. (ed.): *Vidas semblantes. Versión aragonesa de las Vidas paralelas, patrocinada por Juan Fernández de Heredia*, P.U.S., Zaragoza, 2009.

[13] Moncada y Moncada, F.: *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1943 (1623).

[14] Grene, D. (ed.), Tucídides: *The Peloponesian War. The complete Hobbes translation*, U.C.P., Chicago, 1989.

[15] Connor, W. R.: *Thucydides*, P.U.P., Princeton, 1984, p. 20.

[16] Rusten, J. S.: *Thucydides*, O.U.P., Oxford, 2010, p. 26.

[17] Alonso, J. M.: *The idea of universal history in Greece from Herodotus to the age of Augustus*, Gieben, Amsterdam, 2002. Fornara, C. W.: *The nature of history in ancient Greece and Rome*, U.C.P., Berkeley, 1983. Gentili, B.: *Le teorie del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica*, Ateneo, Roma, 1975.

- [18] Barber, G. L.: *The historian Ephorus*, ARES, Chicago, 1993 (1935).
- [19] Jacoby, F.: *Atthis. The local chronicles of Ancient Athens*, Clarendon, Oxford, 1949. El padre de este volumen, Félix Jacoby, un filólogo alemán de origen hebreo exiliado en Londres por estrictas razones de supervivencia, fue el continuador constante de los imponentes *Fragmente der griechischen historiker*, iniciados por Karl Müller como *Fragmenta historicorum graecorum* antes de que Jacoby naciese.
- [20] Otros investigadores han discutido tal primogenitura, atribuyéndola al contemporáneo Clidemo, presunto autor, también, de un *Exegetikós*, una *Protogoniay* un *Nostoi*. Parece haber más unanimidad en creer que uno de los últimos (cronológicamente hablando) representantes de esta corriente de escritores de *atthideso* historias áticas fue Filócoro. Caballero, J. A.: *Inicio y desarrollo de la historiografía griega*, Síntesis, Madrid, 2006.
- [21] Ambaglio, D.: *L'opera storiografica di Ellanico di Lesbos*, Giardini, Pisa, 1980.
- [22] Thomas, R.: *Herodotus in context. Ethnography, science and the art of persuasion*, C.U.P., Cambridge, 2000.
- [23] La comparación, implícita, en Caba, R.; Gómez-Lucena, E.: *La odisea de Cabeza de Vaca*, Edhasa, Barcelona, 2008. Adorno, R.; Pautz, P. C.: *Álvar Núñez Cabeza de Vaca. His account, his life and the expedition of Pánfilo de Narváez*, U.N.P., Lincoln, 1999.
- [24] Walbank, F. W.: *Polybius*, U.C.P., Berkeley, 1990.
- [25] D. a.: *The Edinburgh companion to Ancient Greece and Rome*, E.U.P., Edimburgo, 2006. Goss, J.: *The mapmaker's art. An illustrated history of cartography*, Rand MacNally, Skokie, 1993.
- [26] Momigliano, A.: *La storiografia greca*, Einaudi, Turín, 1982.
- [27] Ambaglio, D.; Oliva, A. (eds.), Arrià: *L'India*, B.U.R., Milán, 2001 (s. II d. C.). Nearco fue uno de los navarcos (una especie de almirante) de Alejandro Magno. Cuando Alejandro concluyó la conquista del valle del Indo, encargó a Nearco que navegase por lo que hoy es el Golfo Pérsico. Mientras, el macedonio recorría por tierra aquel mundo, no del todo ajeno a los helénicos, puesto que muchos personajes de la mitología griega lo visitaban en sus gestas (pre-alejandrinas). De hecho, antes de la *Indica* arriana, autores como Megástenes habían trasladado aquel espacio exótico a sus escritos. Schwanbeck, E. A. (ed.): *Megasthenis Indica. Fragmenta collegit*, Hakker, Amsterdam, 1966 (s. III a. C.). El mismo Arriano presenta, en esta obra, similitudes (formales, al menos) con Herodoto y con Eratóstenes. Rodríguez, T. M.: *Índice temático de la dependencia de Arriano de Nicomedia. La Anábasis de Alejandro Magno*, P.U.F.-C., París, 2001. Vassiliades, D.: *The Greeks in India. A survey of philosophical understanding*, Manoharlal, Nueva Delhi, 2000.
- [28] Wilford, J. N.: *The mapmakers. The history of the great pioners in cartography from antiquity to the space age*, Pimlico, Londres, 2002. Short, J. R.: *The world through maps. A history of cartography*, Firefly, Toronto, 2003.
- [29] . Bosworth, A. B.: *Conquest and empire. The reign of Alexander the Great*, C.U.P., Cambridge, 1993.
- [30] . *Voyage de Scylax de Caryande en Europe, en Asie et en Lybie, comprenant l'état des nations qui habitent ces trois parties du monde, la description des pays qu'elles occupent, celle des ports*

et des fleuves, leur distance par mer et celle des isles avec leur distance du continent traduit du grec en français par J. C. Poncelin, s. e., s. l., 1797 (s. VI a. C.).

[31] . Arriano de Nicomedia puede incluirse también en la cultura romana vehiculada en griego. Natural de la tan helenizada Bitinia y a caballo entre los siglos I y II después de Cristo, Lucio Flavio Arriano era un funcionario –con responsabilidades civiles y militares- al servicio del proyecto imperial de Roma. Ahora bien, su admiración por Jenofonte, de quien tomó el sobrenombre, estilo y temática (no sólo en la *Anábasis*, sino también en el *Cynegeticon*), ha sido determinante para situarlo en un universo –mental, cuanto menos- helénico. Su patrón, el emperador de origen hispano Adriano, compartía su mismo interés por la cultura –y la historia- griegas. No es extraño, pues, que la *Anábasis* arriana (una reescritura-reinterpretación de la obra jenofónica de idéntico título) hallase una excelente acogida. Vidal-Naquet, P.: *Ensayos de historiografía. La historiografía griega bajo el imperio romano. Flavio Arriano y Flavio Josefo*, Alianza, Madrid, 1990. La idealización que convertía a Alejandro Magno en una figura legendaria tampoco debía ser precisamente desagradable a los emperadores de Roma. Modica, M.: *Compendio di storiografia greca e romana*, Galatola, Catania, 1927.

[32] . Musti, D.: *Polibio e l'imperialismo romano*, Liguori, Nápoles, 1978.

[33] Rennell, J.: *The geographical system of Herodotus examined and explained, by a comparison with those of other ancient authors and with modern geography*, Sändig, Vaduz, 1979 (1830).

[34] Bollansée, J.: *Hermippos of Smyrna and his biographical writings. A reappraisal*, Peters, Lovaina, 1999.

[35] Green, D.: *Greek political theory. The image of man in Thucydides and Plato*, U.C.P., Chicago, 1965. Huart, P.: *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide*, Klincksieck, París, 1968. Westlake, H. D.: *Individuals in Thucydides*, C.U.P., Cambridge, 1968.

[36] Rossvaer, V.: *The laborious game. A study of Plato's Parmenides*, U.F., Oslo, 1983. Migliori, M.: *Dialettica e verità. Commentario filosofico al Parmenide di Platone*, Vita e pensiero, Milà, 1990.

[37] D. a.: *Epea and grammata. Oral and written communication in Ancient Greece*, Brill, Leiden, 2002.

[38] Kagan, D. (ed.): *Sources in Greek political thought. From Homer to Polybius*, Collier-MacMillan, Londres, 1965.

[39] Un extenso análisis de la obra polibiana en los tres densos volúmenes de Walbank, F. W.: *A historical commentary on Polybius*, Clarendon, Oxford, 1957-1979. Walbank, F. W.: *Polybius, Rome and the hellenistic world*, C.U.P., Cambridge, 2002.

[40] Romilly, J. de: *L'invention de l'histoire politique chez Thucydide*, P.E.N.S., París, 2005.

[41] Iglesias, J. C. (ed.): *Retórica e historiografía. El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Clásicas, Madrid, 2007. Reflexiones globales (en espacio y tiempo) con la base clásica en Tucídides en Bobbit, P.: *The shield of Achilles. War, peace and the course of history*, Knopf, Nueva York, 2002. Premisas similares en O'Connell, R. L.: *Of arms and men. A history of war, weapons and aggression*, O.U.P., Oxford, 1989.

[42] Neff, S. C.: *War and the law of nations. A general history*, C.U.P., Cambridge, 2005.

- [43] Esto permitía a las mujeres espacios propios de inserción y ha posibilitado localizarlas colectivamente. Conelly, J. B.: *Portrait of a priestess. Women and ritual in Ancient Greece*, P.U.P., Princeton, 2007.
- [44] Neils, J.: *Coming of age in ancient Greece. Images of childhood from the classical past*, Y.U.P., New Haven, 2003. Como en todas las épocas, la orfandad era una de las causalidades que demostraban que, para vivir circunstancias extremas y desfavorables no era preciso estar en ningún frente de guerra. D. a.: *Growing up fatherless in antiquity*, C.U.P., Cambridge, 2009.
- [45] Una posible ampliación en Dawson, D.: *The origins of Western warfare. Militarism and morality in the ancient world*, Westview, Boulder, 1996.
- [46] D. a.: *Ancient Greek hero cult*, S.I.A., Estocolm, 1999.
- [47] Gallou, C.: *The Mycenaean cult of the dead*, Archaeopress, Oxford, 2005.
- [48] Elejabeitia, A.: "La nueva biografía del escritor Juan de Zabaleta", *Letras de Deusto*, XIV-28 (1984), pp. 59-74.
- [49] Coincidencias y evoluciones en Pelikan, J. J.: *Christianity and classical culture. The metamorphosis of natural theology in the Christian encounter with hellenism*, Y.U.P., New Haven, 1993. Muchas décadas antes, el historiador canadiense y profesor de la universidad de Toronto, Charles Norris Cochrane había editado la que se considera como la más importante de sus obras: *Christianity and classical culture. A study of thought and action from Augustus to Augustine*, Clarendon, Oxford, 1940.
- [50] Lowell, E.: *Chance and intelligence in Thucydides*, H.U.P., Cambridge, 1975. Cultivos posteriores del tópico en D. a.: *La fortune. Thèmes, représentations, discours*, Droz, Ginebra, 2003.
- [51] Festugière, A. J.: *La libertad en la Grecia antigua*, Seix Barral, Barcelona, 1953 (1947).
- [52] Harrison, T.: *Divinity and history. The religion of Herodotus*, Clarendon, Oxford, 2002. D. a.: *A companion to ancient philosophy*, Blackwell, Oxford, 2006. Shankman, S.: *The siren and the sage. Knowledge and wisdom in Ancient Greece and China*, Cassell, Londres, 2000. Asimismo, resulta recomendable la consulta del capítulo correspondiente en D. a.: *A companion to philosophical logic*, Blackwell, Oxford, 2002. Este último libro contiene reflexiones aplicables a cualquier ciencia (también a la histórica).
- [53] Eckstein, A. M.: *Moral vision in the Histories of Polybius*, U.C.P., Berkeley, 1994.
- [54] Auberger, J. (ed.): *Historiens d'Alexandre*, Belles Lettres, París, 2001. Baynham, E.: *Alexander the Great. The unique history of Quintus Curtius*, U.M.P., Ann Arbor, 1998. Cary, G.: *The medieval Alexander*, C.U.P., Cambridge, 1956. Foreman, L.: *Alexander the Conqueror. The epic story of the warrior king*, Da Capo, Cambridge, 2004.
- [55] D. a.: *Exemplum et similitudo. Alexander the Great and other heroes as points of reference in medieval literature*, Forsten, Groningen, 1988. Alejandro triunfó. Su mito continua vivo en la cultura popular del siglo XX y de principios del siglo XXI. Un simple ejemplo de ello lo constituye el grupo británico de heavy metal *La doncella de hierro*. Con letristas aficionados a la historia, *Iron maid* dedicó una canción al macedonio, *Alexander the Great*, en su álbum *Somewhere in time*, 1986. Más referencias al respecto en Pelegrín, J.: "Una aproximación didáctica a la historia de Alejandro Magno a través de la literatura infantil y juvenil actual", *Clío*, 34 (2008), <http://clio.rediris.es> ISBN 1139-6237

- [56] Pritchard, R. T. (ed.), Châtillon, G. de: *The Alexandreis*, P.I.M.S., Toronto, 1986 (1182).
- [57] Weiss, J.: *The Mester de clerecía. Intellectuals and ideologies in the thirteen century*, Tamesis, Woodbridge, 2006. Uría, I.: *Panorama crítico del “mester de clerecía”*, Castalia, Madrid, 2000. Michael, I.: *The treatment of classical material in the Libro de Alexandre*, M.U.P., Manchester, 1970. Willis, R. S.: *The relationship of the Spanish Libro de Alexandre to the Alexandreis of Gautier de Châtillon*, Kraus, Nueva York, 1934. Una expansión temática sin salir del mismo ámbito en Clarke, D. C.: *Juan de Mena’s Laberinto de fortuna. Classic epic and Mester de clerecía*, U.M.P., Mississipi, 1973.
- [58] En todos los sentidos y para todo tipo de hombres. Felipe II se inspiró (y aplicó) en numerosas ideas tomadas del mito. No deja de ser paradigmático que aquel *non sufficit orbis* como lema coincidiese en esencia con el familiar *Austria est imperare orbi universo* tuviese su reverso en la lección eclesiástica de que un pedazo de tierra cubriría los restos de aquél a quien el mundo no le era suficiente. Esta anécdota que se vinculó a Felipe II ya aparecía en el *Libro de Alexandre* referida al Magno. El lema de ambos –Felipe y Alejandro– transformado en *motto* fue, asimismo, adoptado por sir Thomas Bond, el tesorero de la reina Enriqueta María, esposa de Carlos I de Inglaterra, que presta su apellido a la londinense calle Bond (*Bond street*). De forma lúdica, otro Bond, hijo de la imaginación de Ian Fleming, recuperaría el lema de su histórico precedente, convirtiéndolo en un éxito de ventas en formato de novela (escrita por Raymond Benson) y de taquilla (en la película *The world is not enough*, dirigida por Michael Apted en 1999).
- [59] Georges, P.: *Barbarian Asia and the Greek experience from the archaic period to the age of Xenophon*, J.H.U.P., Baltimore, 1994. D. a.: *Greco et barbares*, F. H., Vandoeuvres, 1962.
- [60] Hall, E.: *Inventing the barbarian. Greek self-definition through tragedy*, Clarendon, Oxford, 1989.
- [61] Se refiere a él, entre otros, H. J. W. Tillyard: *Agathocles*, Nabu Press, Charleston, 2010 (1908).
- [62] El rasgo es común a muchos otros ámbitos del saber. D. a.: *Routledge philosophy guidebook to Plato and the trial of Socrates*, Routledge, Londres, 2004.
- [63] Plutarco se encarnizó en *De malignitate Herodoti*. Plutarco era de Tebas. Herodoto, de Halicarnaso, una de las ciudades que constituían la Hexápolis dórica. Plutarco sospechaba de los sentimientos herodóticos hacia Tebas. La visión crisostómica sobre Herodoto aparece reflejada en la *De vita Thucydidis disputatio* de Marcelino. Maitland, J.: “Marcellinus’ Life of Thucydides: criticism and criteria in the biographical tradition”, *Classical quarterly*, 46 (1996), pp. 538-558.
- [64] Fusaro, D. (ed.), Luciano di Samosata: *Tutti gli scritti*, Bompiani, Milán, 2007. Mestre, F.; Gómez, P. (eds.): *Lucian of Samosata, Greek writer and Roman citizen*, U.B., Barcelona, 2010. Las influencias en la obra de Fenelón son analizadas en Boulvé, L.: *De l’hellénisme chez Fénelon*, Fontemoing, París, 1897, y en Lombard, A.: *Fénelon et le retour à l’antique au XVIIe siècle*, Universidad de Neuchâtel, Neuchâtel, 1954. Las teorías de Mably sobre la historia se hallan en sus textos *De l’étude de l’histoire...* (1775) y *De la manière d’écrire l’histoire...* (1783). Una edición actual de ambos en Mably, G. B. de: *De l’étude de l’histoire suivi De la manière d’écrire l’histoire*, Fayard, París, 1988. Un análisis sugerente del autor en Wright, J. K.: *A classical republican in*

eighteenth century France. The political thought of Mably, Stanford, Palo Alto, 1997. Bernat le Bovier de Fontenelle, a su vez, desarrolla sus criterios, entre otros, en sus escritos *Sur l'histoire*. Más información en Maignon, L.: *Fontenelle. L'homme, l'oeuvre, l'influence*, Plon, París, 1906. Una edición de sus *Oeuvres complètes* debe a A. Niderst (Fayard, París, 1991).

[65] En según qué campos, esta actitud se hacía más evidente, quizás porque sus consecuencias solían ser más drásticas. Coleman, J.: *A history of political thought*, Blackwell, Oxford, 2000, vol. I.

[66] El bizantino de Palestina, Procopio, ha sido reputado como el último gran historiador de la Antigüedad clásica. Este historiador del siglo VI d. C. se incardinaba en un mundo institucional romano. Ahora bien, sus raíces culturales eran griegas. Sus obras, por ejemplo, fueron escritas en la variedad dialectal ática. Sus modelos, como los de tantos contemporáneos suyos, fueron, sobre todo, Herodoto y Tucídides. De aquí su inclusión en este apartado. Cabe añadir que, si bien el eje de sus historias era secular, él mismo expresó el deseo de componer una historia de la iglesia. Cameron, A.: *Procopius and the sixth century*, U.C.P., Berkeley, 1985.

[67] Ediciones contemporáneas de estos escritos en Flores, J. A. (ed.), Procopio: *Historia de las guerras*, Gredos, Madrid, 2000; Periago, M. (ed.), Procopio: *Los edificios*, Universitat de Murcia, Murcia, 2003; Signes, J. (ed.), Procopio: *Historia secreta*, Gredos, Madrid, 2000. Cresci, L. R.: "Procopio al confine tra due tradizioni storiografiche", *Rivista di filologia e di istruzione classica*, CXXIX-1 (2001), pp. 61-77.

[68] Marín, R.: "Cristianismo y aculturación en la política de Justiniano (según Procopio de Cesárea)", *Antigüedad y cristianismo*, 7 (1990), pp. 541-550.

[69] Otros no fueron tan sensatos. Compton, T. M.: *Victim of the muses. Poet as a scapegoat, warrior and hero in Greco-Roman and Indo-European myth and history*, C.H.S., Washington, 2006.

[70] *Procopii Cesariensis (...) arcana historia qui est liber nonus historiarum ex Bibliotheca Vaticana Nicolaus Alemannus protulit, latine reddidit, notis illustravit nunc primum in lucem prodit triplici indice locupletata*, Brugiotti y Julliéron, Lión, 1623 (c. 562).

[71] Wallace-Hadrill, A.: *Suetonius. The scholar and his caesars*, Duckworth, Londres, 1983.

[72] Más teorías en D. a.: *Los secretos de la escritura. Historia, literatura y novela histórica*, Mapfre, Madrid, 2007.

[73] Chalmers, A. F.: *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Siglo XXI, Madrid, 2010.

[74] Blundell, S.: *Women in Ancient Greece*, B.M.P., Londres, 1999.

[75] Woodard, R. D. (ed.): *The Cambridge companion to Greek mythology*, C.U.P., Cambridge, 2007.

[76] No sólo en el discurso histórico. Saxonhouse, A. W.: *Women in the history of political thought. Ancient Greece to Macchiavelli*, Praeger, Nueva York, 1985.

[77] Eso no obstante, las filiaciones originales helenas son patriarcales. Las naciones descenderían de Greco, Macedón, Magnes, Doro, Eolo, Juto y de los dos hijos de éste: Aqueo e Ión. Se hallan también alusiones a la posteridad de Ínaco, Pelasgo y Atlas. West, M. L.: *The hesiodic catalogue of women. Its nature, structure and origins*, Clarendon, Oxford, 1985. D. a.: *Brill's companion to Hesiod*, Brill, Leiden, 2009.

[78] Una comparación entre las teorías y una representación más pragmática de las mujeres en Sealey, R.: *Women and law in classical Greece*, U.N.C.P., Chapel Hill, 1990. Schaps, D. M.: *Economic rights of women in Ancient Greece*, E.U.P., Edimburgo, 1979.

[79] Sin embargo, la variabilidad es enorme. Un solo individuo podía adscribirse a ambas tendencias. Éste fue el caso, por ejemplo, de Boccaccio con un *De mulieribus claris* (que siguió a un *De casibus virorum illustrium*) y con *Il corbaccio*. Una posible ampliación, no estrictamente literaria, de esta temática en D. a.: *Equally in God's image. Women in the Middle Ages*, Lang, Nueva York, 1990.

[80] McIntosh, J.: *The woman and the lyre. Women writers in classical Greece and Rome*, S.I.U.P., Carbondale, 1991. Greene, E. (ed.): *Women poets in Ancient Greece and Rome*, U.O.P., Norman, 2005.

[81] Otras actividades del genio en D. a.: *Erathostène. Un athlète du savoir*, U.S.E., Saint Etienne, 2008.